

EL TEXTO Y LA SINRAZON

Manuel Picado

"El porvenir dirá si la teoría contiene más locura de lo que yo quisiera, o la locura más verdad de que otros estarían hoy dispuestos a creer".
Sigmund Freud, *Cinco Psicoanálisis*.

"No podemos ver sin peligro de enloquecer: las cosas nos revelan, sin revelar nada y por su simple estar ahí frente a nosotros, el vacío de los nombres, la falta de medida del mundo, su mudez esencial".

Octavio Paz, *El mono gramático*.

Resumen: *Recoge algunas consideraciones sobre lo que significa plantearse la locura como problema de estudio literario. El interés principal es discernir las formas de acercamiento al problema con el fin de discutir sus alcances.*

En un sentido amplio, el ensayo responde a intereses epistemológicos. Se pretende lograr un punto de arranque para discutir problemas como los siguientes: ¿Cuál es el estatuto conceptual de la sinrazón? ¿Existe algún vínculo particular entre literatura y locura? ¿Cómo se conoce o reconoce la locura de los textos?, etc.

Preámbulo

El interés actual por la cuestión de la locura resulta, por una parte, contemporáneo de las transformaciones de lo literario y, por otra, de las mutaciones efectuadas en los saberes que supuestamente comprenden y explican el texto. Bajo la presión de movimientos e intereses muy diversos, la sinrazón y el discurso literario son convocados hoy a una escena crítica en la cual juegan papel importante y a la cual, a su vez, contribuyen a transformar. Ambos se entroncan en la subversión

cultural de nuestros días y participan en ella de manera activa.

Nuevamente se advierten los lazos comunes de la locura y lo poético. Occidente parece haber encontrado en ambos un espacio privilegiado donde su imaginario vive lo que no puede experimentar más que en tanto cosa allá, de otro, en otro. La sinrazón y el texto literario resultan, entonces, escenarios donde se observa la censura y la exclusión (al igual que tantos otros: comunidades lingüísticas al borde del silencio, alternativas eróticas culpabilizadas, minorías de todo tipo aterrizadas en sus gethos...). El loco, el poeta: otras tantas formas de designar el doble exteriorizado de esa parte de caos que nos amenaza y que vivimos negándonos a nosotros mismos.

Planteadas, en principio, como objetos de reflexión, la literatura y la locura terminan señalando hoy lo transitorio y precario de todo estatuto conceptual. Ambas parecen comenzar justamente ahí donde el logos se rinde, se calla.

Denunciadas las instituciones literarias, puestas en tela de juicio las instituciones psiquiátricas, el texto y la locura señalan energías opuestas a

todo intento de homogeneización. Ambas reivindican lo heterogéneo. Locura y literatura resultan formas y experiencias de una negatividad de la cual no nos protegen nuestros otros lenguajes. Por eso, no pueden menos que ofrecer una posibilidad de acceso a lo que Michel Foucault ha llamado la heterotopía:

“Las heterotopías inquietan, sin duda, porque minan secretamente el lenguaje, porque impiden nombrar esto y aquello, porque rompen los nombres comunes o los enmarañan, porque arruinan de antemano la *syntaxis* y no solo la que construye las frases —aquella menos evidente que hace *mantener juntas* (unas al lado o frente de otras) a las palabras y a las cosas. Por ello, las utopías permiten las fábulas y los discursos: se encuentran en el filo recto del lenguaje, en la dimensión fundamental de la fábula. Las heterotopías (como las que con tanta frecuencia se encuentran en Borges) secan el propósito, detienen las palabras en sí mismas, desafían, desde su raíz, toda posibilidad de gramática; desatan los mitos y envuelven en esterilidad el lirismo de las frases” (1).

El asedio de que hoy son objeto la locura y el texto conduce, por otra parte, a una especie de relativización general. Incorporadas al “lado de acá”, pensadas sin la barra protectora de la norma y la exclusión, literatura y locura muestran su carácter de fuerzas siempre contrarias a toda nivelación: amenazas por excelencia para el tabú y la prohibición. De esta manera, el texto y la locura (la sinrazón del texto!) pueden erigirse en terrenos fecundos donde también se instala la pugna ideológica en busca de otras formas de socialidad y de subjetividad.

En su acepción más seria, todo reflexionar sobre lo ideológico es un pensamiento orientado hacia la transformación. Ahora bien, si se acepta con David Cooper (2) que la locura es una expresión desesperada de la necesidad radical de cambiar, debe concluirse que el intento por pensar la locura es una forma exacerbada del debate ideológico. Más allá de las nociones de literatura de protesta y de tantos otros sucedáneos del mercado intelectual, lo mismo podría hacerse extensivo para el discurso literario: agente de un trabajo y de un saber que apenas alcanzamos hoy a vislumbrar.

Por su parte, las líneas siguientes recogen algunas consideraciones sobre lo que significa plantearse la locura como problema de estudio literario. Por ahora, no se aspira a formular hipótesis cuanto a exponer y discutir puntos generales que orienten una abordaje del texto desde la óptica de la sinrazón.

Si bien estas páginas surgieron de la lectura de *Don Quijote*, la reflexión permanecerá en un plano general. Por otro lado, nuestras consideraciones se vieron notablemente estimuladas por las ideas de Shoshana Felman (3), destacada representante de lo que en crítica literaria se conoce como Escuela de Yale.

En alguna medida, nuestro ensayo responde a un interés epistemológico en sentido amplio. Con lo expuesto aquí se pretende lograr un punto de arranque para discutir problemas del orden siguiente: ¿Qué es locura? ¿Cuál es su estatuto conceptual, en caso de que tenga alguno? ¿De qué forma se vincula al logos? ¿Qué dicen de la sinrazón los saberes racionales que pretenden explicarla? ¿Qué dice la locura sobre esos saberes? ¿Existe algún vínculo particular entre literatura y locura? ¿Cómo se (re)conoce la sinrazón de un texto? ¿Cómo leerla y escribirla? ...

1. La sinrazón y la crítica

“El que no tenga nombre y el que no pueda tenerlo nunca es lo que me impulsa a hablar de ella”.

Octavop Paz, *El mono gramático*.

En la teoría moderna priva el consenso de que lo literario mantiene relaciones constitutivas con la palabra. Sin que por ello sea reductible al objeto formal de las lingüísticas, el texto se concibe ante todo como una maquinaria verbal. Por eso, a fin de distinguir las formas de acercamiento al problema de la sinrazón y la literatura, es indispensable mantener como telón de fondo un asunto mayor: ¿qué nexos puede haber entre lenguaje y locura?

En otras palabras, la manera como se entiendan los vínculos de la palabra y la sinrazón brinda un criterio para caracterizar y discernir de modo satisfactorio los tipos de planteamiento del problema de la locura en los textos literarios.

Así vistas las cosas, postularemos que la cuestión de los nexos entre literatura y locura reviste dos formas de planteamiento y desarrollo claramente diferenciadas.

A. En esta perspectiva, el énfasis recae sobre aquello que la obra (nos) dice a propósito de la locura: ¿Qué se informa sobre ella en el nivel del enunciado? ¿Qué significa locura de acuerdo con lo que se predica de ella en el texto? En otras palabras, ¿cómo se satura el significante locura?

(o quizá mejor, ¿cómo lo saturamos a la hora de leer?)

En primer término, aquí se incluirían los llamados análisis temáticos. Sin embargo, tal como se apuntará luego, la locura difícilmente puede ser un tema en el sentido corriente: aquello de lo cual habla el texto, un contenido más o menos separable de él.

Este tipo de enfoque es obviamente reduccionista. En él, la locura pierde su radical e inquietante extrañeza para ser asimilada a lo demasiado conocido: habría un tema de la locura así como existe un tema de la naturaleza, del amor, de lo social, etc. (un punto entre muchos más de un protocolo de enseñanza).

En su forma más consistente, esta dimensión de análisis caería dentro de la competencia de un estudio semántico altamente formalizable. La locura brindaría, en esta perspectiva, un plano isótopo de lectura (4), una magnitud textual que asegure la coherencia del significado.

Independientemente de las diferencias, en esta dimensión general de estudio la locura es un efecto de significado más o menos mediato a la percepción. En la lectura temática se ofrece a un nivel casi directo de experiencia al punto de poder ser objeto de definiciones ostensivas (5) (pensamos en ciertas clases de lo que se llama comentario de textos, por ejemplo). En el análisis semántico, el tema es el resultado de proyectar sobre el texto categorías formales construidas por el analista; siempre, por supuesto, con el grave riesgo de que se termine formalizando lo que siempre había sido de sentido común.

Por otra parte, en esta primera dimensión el análisis es una operación puramente metalingüística. Esto conduce a ignorar el problema recubriéndolo: ¿Hablar *sobre* la locura no delata una posición jerarquizada y jerarquizante?

B. En la segunda perspectiva de estudio, interesa lo que la locura hace, su valor actuante. El objetivo del análisis sería aquí el de responder a interrogantes como las siguientes: ¿Cómo (nos) trabaja la locura en el texto? ¿Cuál es su fuerza? ¿Qué sentidos desencadena? ¿cómo repercute en los diversos planos textuales, en su producción y en su consumo?

En esta dimensión de estudio, el análisis se orienta hacia el poder de la palabra en el campo de fuerzas de la enunciación y en su retórica: ¿Cómo interviene la sinrazón en el acto de lenguaje?

Al referirse a los vínculos entre el lenguaje y

la locura, Shoshana Felman afirma lo siguiente:

“(...) dans la langue, la question de la folie est celle qui manque; cette question même qui ne peut jamais —comme telle— être posée; une question dont le langage n’est pas capable; qui tout en étant inarticulable est une question qui —dans tout texte— ne cesse pourtant d’écrire et de s’écrire comme inter-dite” (6).

Estas ideas resultan muy aclaradoras para el segundo plano de acercamiento a la cuestión de la locura en los textos literarios. En efecto, en este plano de análisis la locura no es algo del orden de lo dicho. No es del orden del lenguaje y, por lo tanto, se resiste a una simple operación metalingüística. Ella hace circuito en el paradigma de las preposiciones (¿de las proposiciones?); la sinrazón hace difícil el sintagma: hablar (¿de, desde, con, ϕ ,...?) la locura.

En el segundo tipo de estudio, la locura es fuerza operante en el acto lingüístico. Este recibe su impacto, recoge sus marcas y arroja el residuo de unos ilusorios efectos de significado. En esta dimensión, locura es lo que boicotea la isotopía del discurso y lo que puede señalar que en el discurso literario no hay isotopía posible (excepto la de un precario efecto de sentido que nunca es inocente).

Por otra parte, lo anterior lleva a afirmar que la cuestión de la locura no es tampoco un simple tema para la crítica literaria. Si nos atenemos al deslinde efectuado por Roland Barthes (7), la crítica tiene como preocupación esencial la de dotar al texto de un cierto inteligible (o, quizá mejor, imponérselo). Ahora bien, la locura no podría ser así no más objeto de la crítica literaria ya que ella es justamente lo que escapa a la inteligibilidad, al logos. La locura es más bien aquello que amenaza al logos cuando le señala los límites de su competencia.

Desde tal perspectiva, la sinrazón sería más bien una forma de poner en jaque a las críticas, el antídoto con el cual toda crítica se falsea a sí misma, se autocritica. La locura muestra, entonces, repercusiones imprevistas y estimulantes para el conocimiento. Ella se convierte, vista así, en ocasión donde los discursos críticos se prueban, donde se agotan sus formas y se abre la necesidad de otras relaciones con los textos (y no solamente literarios).

Pensada (¡!) de este modo, la locura es la sana dosis de insensatez que pone de relieve que el discurso crítico (y de cualquier tipo) no es ni más

ni menos que eso: un espacio y un tiempo de palabras; un lugar a donde no se regresa, una fecha que ya no vuelve: ámbito donde (se) ejecuta un cuerpo que habla.

De lo anterior puede deducirse que la locura no es una clave de interpretación, una forma de brindar unidad a un comentario que reposa seguro en la hipótesis de un significado cuya epifanía se espera al final. Esto, por otra parte, implica que un estudio orientado dentro de la segunda perspectiva no puede ser una interpretación que se procura una clave hermenéutica más o menos novedosa.

¿Cómo habla la locura? A esta pregunta no se puede responder más que de forma contradictoria. Locura y lenguaje son concomitantes y excluyentes. (Después del descubrimiento freudiano del trabajo del sueño esto no es un simple paralogismo).

Por de pronto, tenemos ya una certidumbre, aunque sea negativa: la locura no está ahí donde se habla de ella.

2. El Boomerang.

“Y así podrás deleitarte escuchando a las sirenas”.
HOMERO, *Odisea* (XIII).

Cualquier alcance sobre los vínculos de la palabra y la sinrazón afecta el análisis del texto concreto y la idea que nos hagamos de él. No obstante, las cosas no terminan ahí. Obviamente, lo que se piense acerca de los nexos de la locura y el lenguaje también debe incidir sobre el discurso que pretende conocer en otro el problema de la sinrazón.

En otros términos, el problema de la locura no solo es interrogante que se lanza sobre un texto. También es pregunta que el texto devuelve a nuestro propio discurso. Interrogar a la literatura a propósito de la sinrazón es arriesgarse a una encuesta en que las preguntas funcionan con efecto de boomerang.

Se sabe después de Foucault —y ese no es uno de sus méritos menores— que el abordaje de la locura trae consigo una serie de problemas, o más bien dilemas, de elocución. Dada la particular relación en que se hallan la locura y el lenguaje, todo estudio que pretenda abordar un discurso desde la óptica de la sinrazón debe afrontar previamente dos interrogantes estrechamente vinculadas:

¿Cómo habla la locura?

¿Cómo hablar (de...) la locura?

En principio, la primera pregunta pareciera referirse al texto objeto de análisis, mientras que la segunda apunta hacia el discurso explicativo. No obstante, ambas interrogaciones pueden volcarse sobre el discurso que supuestamente indaga. En efecto, si partimos de que la locura no es un simple contenido, sino una fuerza actuante en el acto lingüístico es válido que también preguntemos a la propia palabra: ¿Cómo (nos) habla en ella la locura? ¿Cómo saber la dosis de locura que se marca en esta palabra? ¿Acaso este discurso también no está loco?

Dicho en otra forma, la locura obliga a cuestionar la posición del sujeto en relación con saber, con su discurso intelectual en último término.

La sinrazón no es un tema que caiga por su propio peso, un objeto que se busca en un texto planteado como cosa ahí para un sujeto inalterable, soberano. Enfocar un texto (no importa el tipo) desde la óptica de la locura es arriesgarse a que ese texto nos enfoque la propia locura (la de nuestro discurso).

En síntesis, la sinrazón no es solamente algo que buscar e identificar en otro texto. Es fuerza operante en cualquier discurso—incluido aquel que se propone hablar de ella, escucharla en el texto ajeno.

La cuestión de la locura no es problema del otro texto únicamente; a su vez, también es problema en mi otro texto. Quizá sea este uno de los temas donde la noción de teoría heredada del griego *theomai* muestre mejor la insuficiencia de una de nuestras dicotomías fundadoras. La sinrazón exige una forma de teoría que no alude a la contemplación, sino más bien a la participación. Aquí, teoría no puede ser el polo simétrico y complementario de práctica: saber no es necesariamente diferente de hacer.

La locura no puede, entonces, más que incidir en el discurso que la explica. Al comentarla, él también la expone. La locura se porta en el discurso mismo que la busca y se manifiesta en él de modos diversos y no necesariamente previsibles.

A diferencia de la primera perspectiva de estudio, en la segunda la relación con el texto no consiste en proyectar sobre él una cierta norma. Por el contrario, en esta perspectiva es más bien el texto y su locura los que terminan proyectándose sobre nuestra normatividad.

Las líneas anteriores llevan a la cuestión de la

resonancia autobiográfica que pueda tener un tema de estudio como el que se aborda en estas páginas. En efecto, de alguna manera estudiar el problema de la locura no es otra cosa que una experiencia radical de la (i)propia!) alteridad que constituye al sujeto. Por otra parte, esto puede tornarse tanto más problemático, y enriquecedor al mismo tiempo, si se ironizan las instancias normativas y se intenta esquivar la relación narcisista con el conocimiento y la palabra.

A la luz (i!) de la locura, la autobiografía no es de suyo el cuento gratificante que un sujeto se regala a sí mismo a propósito de otro, la escena del imaginario feliz. Por lo demás, algunas formas de lo que se llama Ciencias del Hombre ya nos han familiarizado con el problema del impacto que sobre el investigador puede ejercer su trabajo. En otra escala, la experiencia de Levi-Strauss en *Tristes Trópicos* es altamente ilustradora del fenómeno.

Planteadas las cosas de este modo, el tema de la locura conduce a una difícil posición de habla. Podría decirse incluso que este tema es aquel donde el lugar de palabra se vuelve necesariamente comprometedor y problemático.

Quizá el loco no sea tanto el que no sabe lo que dice, cuanto el que no sabe a partir de qué o de quién lo dice. ¿Todos lo sabemos?

3. Palabras de cabo roto

"(...) dire le dehors du langage à l'intérieur du langage". Shoshana Felman, *La folle et la chose littéraire*.

Lo expuesto anteriormente significa que para el análisis textual la óptica de la locura no es una cómoda posición ganada de antemano. Por el contrario, lograr y mantener ese ángulo es tarea constante a lo largo del estudio. La posición de habla en el abordaje de la locura no es solo un problema previo o de planteamiento inicial; es cuestión que se afronta durante la práctica discursiva que es todo estudio literario.

El tema de la locura se inicia con un serio problema de elocución y se mantiene en él. Esto obliga, entonces, a desarrollar estrategias no solo ante el texto que se presume objeto de análisis, sino también ante el discurso propio. Así, abordar la cuestión de la locura exige particular cuidado a la palabra que supuestamente sabe, que explica y analiza a otra. Y esta atención no es necesariamente censura y control; es solo una forma de separarse

del efecto —de locura entre tantos otros— que el discurso propio, como todos, no puede menos que vehicular.

Pareciera imperativo que a un sujeto que pretenda escribir la locura que lee en otro texto su propio discurso se le haga denso, opaco. Obviamente, esto conduce a ponerse en situación muy peculiar: ver con extrañeza la propia palabra, vivirla constantemente como rara, ajena incluso.

En otros términos, el problema de la sinrazón obliga a un distanciamiento y a un desfase: hay que estar siempre más allá o más acá de la palabra que se emite. La opacidad del discurso nos separa de nuestra propia palabra. Esta, paradójicamente, ya no puede vivirse como propia. Quizá uno de los dones de la locura sea el de liberarnos de la propiedad privada —al menos en el campo de la palabra.

Con la estrategia antes dicha, se debilita la confianza en nuestros propios efectos de sentido. Así se reduce el poder seductor que nos tiende toda representación (incluida la propia). En síntesis, escribir sobre la locura exige que cuidemos el grado de adhesión que otorgamos a la propia palabra, que discutamos el grado en que nuestra palabra no es propia.

Ahora bien, plantearse el discurso propio como opaco podría tener algunos inconvenientes. El más obvio sería el peligro de que ocultemos u olvidemos el texto objeto de preocupación; es decir, que nuestra palabra impida pasar al otro lado y desplace el otro texto en favor de ella. Sin embargo, el discurso debe ser opaco solo en la *justa medida* en que pueda resonar la locura del texto que lee. Es aquí donde comienza un trabajo de lenguaje cuyo fin es ofrecer un punto consistente donde percuta la sinrazón que el texto no dice sino que carga, acumula, porta, descarga. La opacidad del propio discurso es solo caja de resonancia para el texto que se lee: escapar a la justa medida es comenzar a mimetizar el texto, hacer literatura (¿locura?).

En la óptica que tratamos de perfilar, el estudio de la locura significa producir un interpretante (8): otros tantos signos donde reboten las locuras del texto ajeno y del propio. Locura es un significante vacío que (se) (nos) pone a resonar en un tejido de lenguajes, encuentro de fuerzas no lingüísticas en la mediación misma de la lengua.

Un trabajo de ese tipo apunta paradójicamente a un lugar imposible del texto que leemos y escribimos. Es una práctica de discurso que apunta

a un lugar vedado a toda palabra. Leer la locura, afirma Shoshana Felman (9), significa leer desde lo ilegible.

Leer y escribir la locura es tejer una red por donde escapen a su antojo los sentidos. Sin embargo, quizá así surjan las fuerzas que (nos) los producen.

Estudiar la sinrazón equivale a correr un riesgo de lectura y, al mismo tiempo, asumir un juego peligroso y difícil de escritura. El tema obliga a un esfuerzo constante por atrapar y simultáneamente bordar aquello que (nos) quieren decir los textos (el propio incluido), un empeño sin tregua por evitar el punto donde el sentido se hace sólido. Por ahora, esta es la única forma de escuchar el impacto de eso que no es objeto ni sujeto de la frase, sino fuerza del discurso, componente ineludible del sujeto en el momento en que afirma (incluso cuando afirma que no está loco). La sinrazón no significa nada; hace significar.

Al referirse al libro de Michel Foucault sobre la locura (10), Shoshana Felman afirma lo siguiente:

“La notion de folie est alors elle-même une métaphore du pathos: du reste impensé de la posée de son excédent littéraire” (11).

Si ese es el estatuto conceptual de la sinrazón, su estudio no puede ser otra cosa que la escucha de un pathos que se inscribe y resuena en la máquina del texto, en su retórica.

4. ¿Quién Habla?

“En otro lugar las palabras y los gestos serán vaciados de su sentido por la repetición y la escansión incansable: cansar al sentido, gastarlo, estenuarlo para liberar la seducción pura del significante, nulo del término vacío —esa es la fuerza de la magia ritual y del hechizo”.

Jean Baudrillard, *De la Seducción*.

La estrategia de discurso requerida por la locura exige que la instancia emisora no sea un hablante concebido a la manera de un “propietario” de palabra. Más bien, en alguna forma ese discurso debe escapar a la instancia que supuestamente lo domina para que ella resulte solo el foco donde se cruzan los lenguajes de la locura (¿la locura de los lenguajes?). El discurso (de / sobre) la locura es palabra de un sujeto \emptyset , o sea de un hablante que no se estanca en la densidad de las

infinitas cadenas significantes que en él convergen y resuenan; esto es palabra de un sujeto que no es del orden del significado: sin el espesor y la consistencia protectora de una identidad.

En resumen, la locura no es el objeto de un discurso que trata de apoderarse de ella. Es su estudio mismo el que la despliega. No se parte de un punto cero para alcanzar un objetivo llamado sinrazón y que al final se mostraría como una especie de trofeo o de presa. Se trata, más bien, de partir de la locura para llegar a un sujeto cero: escucha de lo indecible y —¿por qué no? — de lo por decirse.

En cierta forma, escribir sobre la locura termina resultando una experiencia muy cercana, obviamente, a la forma en que se describe la sinrazón en algunos códigos de saber. Por otro lado —y quizá eso sea más grave— escribir sobre la locura termina resultando algo muy cercano a la experiencia literaria tal como la han vivido y pensado diversos momentos de la historia. Y no solo momentos grandiosos de la práctica artística, sino también de la teoría. Opacidad del discurso sobre la locura: al fin y al cabo, para Jakobson, la poesía trabaja poniendo de manifiesto el lado palpable de los signos.

Así pensado, el tema pone al estudioso en la situación del escritor tal como la practica y conceptualiza el texto de Roland Barthes:

“Es escritor aquel para quien el lenguaje crea un problema, que siente su profundidad, no su instrumentalidad o su belleza (...). Ahora, el escritor y el crítico se reúnen en la misma condición difícil frente al mismo objeto: el lenguaje” (12).

En otro registro, algo similar apunta Octavio Paz:

“El poeta no es el que nombra las cosas, sino el que disuelve sus nombres, el que descubre que las cosas no tienen nombre y que los nombres con que las llamamos no son suyos. La crítica del paraíso se llama lenguaje: abolición de los nombres propios; la crítica del lenguaje se llama poesía” (13).

De esta forma, un trabajo sobre la locura desdobra (y corre el riesgo de copiar) el gesto cervantino. Si algo subraya *Don Quijote* es justamente la ausencia de una palabra original. Las palabras se persiguen, se copian unas a otras en un círculo que tiende siempre a la clausura: el lenguaje. Sin embargo, germinan.

Ese es el límite y, al mismo tiempo, la condición de posibilidad de algo como la literatura. A lo mejor, otro tanto podríamos pensar de la locura.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) Michel Foucault. *Las palabras y las cosas*. (Siglo xxi; México, 1979) p. 16.
- (2) Cfr. David Cooper. *El lenguaje de la locura*. Ariel: Barcelona, 1979.
- (3) Cfr. *La folie et la chose littéraire*. Seuil: Paris, 1978.
- (4) El término se usa en el sentido estipulado por Greimas en *Semántica Estructural*.
- (5) Cfr. Irving Copi. *Introducción a la lógica*. (Eudeba: Bs. Aires, 1969) cap. iv.
- (6) Cfr. Felman, *Op. Cit.*, p. 54-55.
- (7) Cfr. *Crítica y Verdad*. Siglo xxi: México, 1972.
- (8) El término se usa en el sentido de Peirce. Cfr. Umberto Eco. *Signo*. Labor: Barcelona, 1976.
- (9) Felman, *Op. Cit.*, p. 283.
- (10) Cfr. Foucault. *Histoire de la folie à L' âge classique*. Gallimard: Paris, 1972.
- (11) Cfr. Felman, *Op. Cit.*, p. 52.
- (12) Cfr. Barthes, *Op. Cit.*, p. 47.
- (13) Octavio Paz. *El mono gramático*. (Seix Barral: Barcelona, 1974), p. 96.